

CAPÍTULO IX

EJERCICIOS ESPIRITUALES

SUMARIO: 1. Definición de los Ejercicios de San Ignacio.—2. Enseñanza inmediata y enseñanza mediata del santo.—3. Principio y fundamento.—4. Cómo conduce Ignacio al ejercitante en la primera semana al dolor de los pecados, y en las tres siguientes á la perfección evangélica.—5. Reglas para hacer bien los Ejercicios y para santificarse después de ellos.—6. Aprobación pontificia del libro.—7. Cómo se escribieron los Ejercicios. Testimonios de San Ignacio y de otros Padres contemporáneos.—8. El *Ejercitatorio* de García de Cisneros. Cotejo de este libro con el de San Ignacio.—9. Testimonios tardíos y poco autorizados para probar que San Ignacio aprovechó el libro de Cisneros.—10. Inspiración sobrenatural de los Ejercicios espirituales, bien probada por testimonios contemporáneos.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Exemplar hispanicum Exercitiorum*.—2. Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. VIII.—3. Nadal, *Miscellanea de regulis S. J.*—4. Laínez, *Carta á Polanco*.—5. Polanco, *Vita P. Ign.*—6. Ribadeneira, *Vida de S. Ign.*—7. Cisneros, *Ejercitatorio de la vida espiritual*.—8. Mercurián (*apud* La Palma, *Camino espiritual*).

1. Hemos visto hasta aquí cómo Ignacio fundó la Compañía. Hora es ya de examinar qué es lo que fundó, manifestando el carácter de la Orden religiosa por él establecida. Para conocer plenamente este objeto es necesario estudiar dos libros: el de los Ejercicios espirituales y el de las Constituciones. Con el primero formó Ignacio el espíritu; con el segundo organizó el cuerpo de la Compañía. Vamos á dar una idea del librito de los Ejercicios, el más pequeño, pues su extensión será como las dos terceras partes de la *Imitación de Cristo*, y al mismo tiempo el más original y sublime que ha escrito la ascética.

¿Qué son, en general, Ejercicios espirituales? El santo nos lo dirá: «Por este nombre, *Ejercicios espirituales*, se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones, según que adelante se dirá. Porque así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, por la misma manera todo modo de preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después

de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánimo, se llaman Ejercicios espirituales» (1). Explicada así la idea general de Ejercicios espirituales, preguntase: ¿Qué tienen de particular estos Ejercicios de San Ignacio? Para entenderlo, consideremos el título que encabeza el cuerpo de la obra, después de las veinte anotaciones que son como su prólogo. Dice así este título: «Ejercicios espirituales para vencer á sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea.» Son, pues, los Ejercicios de San Ignacio una serie de meditaciones, exámenes, lecturas, penitencias, etc., dispuestas de tal modo y eslabonadas con tal arte, que haciéndolas el hombre durante algunos días, *se determine* á vencer sus pasiones desordenadas y á vivir santamente.

No son los Ejercicios para hacer al hombre santo en pocos días, como calumniosamente dijo alguno en el siglo XVI, pues el santificarse no es obra de ocho ó quince días, sino de toda la vida. Son para que el hombre se resuelva á ser santo. Quiere Ignacio que, despidiéndose el hombre por unos días de todo negocio temporal, y poniéndose bajo la dirección de un prudente maestro de espíritu, medite, lea, examine, ore y haga otros ejercicios y prácticas espirituales para conocer lo que Dios quiere de él y para decidirse generosamente á ejecutarlo. Pero el conseguir una decisión, aunque tan importante, de la voluntad, no es el único fruto de los Ejercicios. Al mismo tiempo que Ignacio conduce al ejercitante á esa decisión, le va explicando tales principios ascéticos, le va proponiendo tan oportunas reglas y avisos para santificarse, que quien conforme después su vida con lo que aprende al tiempo de hacer Ejercicios, llegará infaliblemente á la perfección religiosa.

2. Por eso conviene distinguir en este precioso libro dos enseñanzas espirituales: una que podríamos llamar inmediata, y otra mediata. Por la primera enseña Ignacio lo que debe practicar el hombre en aquellos breves días de retiro, en que hace Ejercicios, para conseguir el deseado fin de conocer la voluntad de Dios y resolverse á cumplirla. Por la segunda, expone el santo las virtudes y actos piadosos que se pueden y deben practicar constantemente hasta morir. El objeto de la primera enseñanza es *ordenar la vida*; el objeto de la segunda puede llamarse *santificar la vida*. Á lo primero endereza San Ignacio las anotaciones para hacer bien los Ejercicios, las adiciones

(1) *Ejercicios*, Anotación 1.ª

para orar y examinar la conciencia. Á este fin dispone con arte admirable la sucesión de las meditaciones y la serie de súplicas que en cada meditación debe dirigir á Dios el ejercitante; para esto son las reglas sobre la elección de estado; á este blanco se ordenan, finalmente, los demás avisos que da Ignacio sobre la penitencia, el retiro, el silencio, el tener poca luz en el aposento y otras prescripciones prudentemente excogitadas, para que el ejercitante medite bien, se penetre bien de las verdades reveladas y llegue á resolverse con toda decisión á servir perfectamente á Dios nuestro Señor.

La enseñanza mediata de San Ignacio se endereza primariamente á lo que el hombre debe ir practicando toda su vida, para proceder adelante en el divino servicio y completar la obra que en los Ejercicios emprendió. En las reglas para sentir con la Iglesia previene Ignacio al ejercitante contra los errores y tropiezos que puede tener en materia de fe. Las notas para sentir y entender escrúpulos le arman contra las tentaciones y engaños del enemigo, que suelen padecer las personas espirituales. Las reglas para discernir espíritus ilustran admirablemente el entendimiento, para conocer las verdaderas inspiraciones de Dios y distinguirlas de las inclinaciones del amor propio y de las sugerencias del demonio. Las reglas para distribuir limosnas y ordenarse en el comer previenen contra las tentaciones de la avaricia y concupiscencia, que tan á menudo combaten al hombre. En todas estas enseñanzas, San Ignacio considera al ejercitante, no precisamente en aquellos días de retiro que consagra á los Ejercicios, sino en medio de las ocupaciones y trabajos que después se le han de presentar en el curso de la vida.

Á esta enseñanza mediata pertenecen también varias cosas que hemos colocado entre las materias pertenecientes á la inmediata. Efectivamente: al enseñar Ignacio cómo debe orar y examinar la conciencia el ejercitante, le enseña la práctica de la oración y examen que debe hacer toda la vida; pues la oración y examen que hacemos en tiempo de Ejercicios no difiere de la oración y examen que hacemos en cualquier otra ocasión. Al explicarnos los principios para hacer buena elección, nos indica San Ignacio el modo más infalible para hallar la voluntad de Dios en cualquier negocio dudoso que se nos presente en la vida. La teoría de los tres grados de humildad manifiesta al hombre la más sublime perfección moral, á que puede aspirar nuestra naturaleza en el destierro de este mundo. De todo lo dicho se infiere que el libro de San Ignacio, aunque enderezado primariamente á los días de retiro, que llamamos Ejercicios, sin embar-

go, difunde luz clarísima sobre todo lo restante de la vida del hombre, y presenta tales principios de perfección evangélica, que quien se ajuste á ellos se hará santo infaliblemente.

Ahora tomemos en las manos el libro de San Ignacio, y veamos el camino por donde conduce al ejercitante á la generosa resolución de ser santo. Según el ideal del autor, los Ejercicios debieran hacerse en un mes, poco más ó menos, y siempre bajo la dirección de un maestro que los proponga y dirija al ejercitante. Dividió el libro en cuatro partes, que llamó semanas, porque el espacio empleado en cada una se acercaba efectivamente al tiempo de siete días, y todavía seguimos llamando semanas á estas cuatro partes de los Ejercicios, aunque no las distingamos por el tiempo, sino por la materia de las meditaciones. En cuanto al asunto de éstas, nuestro santo Padre, ni inventó, ni podía inventar nada; pues el objeto de las meditaciones son y deben ser, para todo cristiano, las verdades y misterios de nuestra santa fe. Lo único que puede llamarse invención de San Ignacio son ciertas parábolas ó ejemplos, con que revistió de vez en cuando las verdades reveladas, para que produjeran un efecto más seguro y certero. Lo singular del arte ignaciano consiste en la disposición prudentísima con que están ordenadas las meditaciones de las verdades religiosas, para que el ejercitante, considerándolas despacio una tras otra, vaya viendo poco á poco lo que le conviene para su santificación, y se vaya resolviendo á ponerlo por obra.

3. Nuestro santo Padre era hombre que reducía su magisterio á muy pocos principios. Toda la máquina de los Ejercicios estriba en dos verdades: en lo que llamamos principio y fundamento, que está explicado brevemente al empezar los Ejercicios, y en la meditación del reino de Cristo, con que se encabeza la segunda semana. «El hombre es criado, dice San Ignacio, para alabar, hacer reverencia y servir á Dios nuestro Señor, y mediante esto, salvar su alma» (1). He aquí el fin del hombre sobre la tierra; he aquí la verdad que llama San Ignacio *Principio y fundamento* de los Ejercicios. Para eso van á ser todas las meditaciones y prácticas que vienen después, para ver cómo serviremos á Dios y para animarnos á ejecutarlo.

Conocido así el término del camino, lo primero que ha de hacer todo caminante es desandar lo mal andado. Ahora bien: lo mal andado en el divino servicio es el pecado, pues por él, en vez de caminar hacia Dios, volvemos á éste las espaldas y nos dirigimos á las

(1) *Ejercicios espirituales. Principio y fundamento.*

criaturás. Á deshacer este yerro y limpiar el alma de toda culpa se endereza la primera parte, ó, como llamó San Ignacio, la primera semana de los Ejercicios.

4. ¿Qué es el pecado? Antes de considerarlo en su naturaleza misma, quiere nuestro santo Padre que lo contemplemos en tres ejemplos espantosos, en el de los malos ángeles, en el de Adán y Eva y en el de un alma que se haya condenado por un solo pecado mortal. Después propone el santo, con admirable artificio, la meditación de los pecados propios, y de este modo procura llevar al ejercitante desde una saludable vergüenza, hasta un crecido é intenso dolor y lágrimas por sus pecados. Mas como puede suceder que el corazón humano resista á tan buenas consideraciones, añade nuestro santo Padre la meditación del infierno, donde, auxiliada la mente con los vivos colores de la imaginación, se despierte el alma de su letargo, deteste la culpa y, siquiera por el miedo del castigo, se confirme en el propósito de no caer en pecado.

No expone San Ignacio más meditaciones, pero da licencia para añadir otras sobre los novísimos y las verdades eternas. Lo que sí recomienda mucho es repetir é insistir con firmeza en las meditaciones que se proponen, hasta conseguir con la gracia del Señor la perfecta contrición que se desea. Una fervorosa confesión general es el término feliz de esta parte de los Ejercicios.

Para quien sólo pretende en este santo retiro limpiar el alma de pecados y hallar el descanso que da la buena conciencia, puede decirse que con esto han terminado los Ejercicios. Pero los que se animan á seguir los consejos de la perfección evangélica, pasen adelante, y San Ignacio les conducirá por la mano á la más heroica y sublime virtud que se puede practicar en la tierra. Así como el fin del hombre es el principio y fundamento de todos los Ejercicios, así la meditación del Reino de Cristo es como el fundamento de la segunda semana; y de todo lo que sigue, para alcanzar la vida perfecta.

Tomando un ejemplo de las ideas caballerescas de su tiempo, nos representa San Ignacio á Jesucristo bajo la imagen de un rey á quien obedece toda la cristiandad, el cual determina conquistar todas las tierras de infieles, y para esta empresa convida á todos sus vasallos, asegurándoles que ninguno padecerá más que él, ni habrá de sufrir trabajos que no sufra primero él. ¿Qué deberán responder á esta invitación los buenos caballeros? Del mismo modo Jesucristo quiere conquistar espiritualmente el mundo, y con todas las almas entrar triunfante en la gloria. Él va delante padeciendo más que nadie.

¿Quién quiere seguirle? «Todos los que tengan juicio y razón, dice San Ignacio, ofrecerán sus personas al trabajo; pero los que más se querrán afectar y señalar (aquí entra la flor de la presente meditación) en todo servicio de su rey eterno y señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, mas aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán obla-ciones de mayor estima y mayor momento, diciendo: *Eterno Dios de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en la tal vida y estado*» (1).

He aquí el arranque generoso con que debemos emprender el camino de la perfección evangélica. Al mismo tiempo, nótese el método sencillísimo de alcanzarla, que es imitar á Jesucristo, é imitarle venciendo la propia sensualidad y el amor carnal y mundano. Prosigue el santo proponiendo las meditaciones de la Encarnación y de la infancia del Salvador, insistiendo en que se pida al Señor conocimiento interno de Jesucristo. Cuando se llega á meditar del Niño perdido y hallado en el templo, entonces quiere el santo patriarca que se empiece á resolver el gran negocio de la elección de estado en los que no le hayan elegido. Para esto propone la meditación de las dos banderas, no para escoger entre la bandera de Cristo ó la de Satanás, pues en esto no debe pensar el cristiano, sino para que, viendo cómo ambos caudillos suelen reclutar gentes para su ejército, adquiera luz el ejercitante para conocer de dónde le vienen los pensamientos é impulsos que siente al hacer la elección. Y llegando más á las inmediatas, añade San Ignacio la consideración de tres clases (ó, como él dice, binarios) de hombres, que poseyendo riquezas, desean alcanzar la perfección evangélica. En las diversas disposiciones con que estos tres géneros de hombres se acercan á elegir estado, nos demuestra el santo, ya las malas condiciones de los que no hacen bien la elección, ya las buenas de los que eligen con acierto y según Dios.

Terminada la elección de estado, que es la obra principal de la segunda semana, sigue la tercera parte ó semana, en la cual las meditaciones de la Pasión de Jesucristo confirman y perfeccionan al

(1) *Ibid.* Segunda semana. El llamamiento del Rey temporal.

ejercitante, ya en el dolor de los pecados, ya en los buenos propósitos y resoluciones concebidas. Por fin, en la cuarta semana, meditando sobre la Resurrección y los misterios gloriosos de Jesucristo, descansa el alma en la unión con Dios, á quien ha abrazado resueltamente, renunciando para ello todos los gustos y deleites de la tierra.

5. Tal es la serie de meditaciones que forman el libro de los Ejercicios espirituales. Mas para conseguir el fruto de estas meditaciones es necesario hacerlas según el orden prescrito por San Ignacio, y siguiendo los avisos que da en varias partes de su libro. Estos avisos se contienen principalmente en las veinte primeras anotaciones, que son una como instrucción preliminar para dirección del que da y del que recibe los Ejercicios, y en las llamadas *adiciones*, puestas al fin de la primera semana, y que enseñan un método práctico para hacer bien la oración mental. La observancia de estos avisos y de otros que va sembrando San Ignacio en el curso de la obra, es indispensable para sacar el fruto espiritual que se pretende en los Ejercicios, y propiamente hablando, para hacer los mismos Ejercicios de San Ignacio. Quien emplease ocho, quince ó treinta días en piadosas consideraciones, en lecturas edificantes, en rezar salmos y en otras prácticas piadosas, haría, es verdad, ejercicios espirituales, pero no los de San Ignacio de Loyola. Para hacer estos Ejercicios es necesario proceder en las meditaciones por el orden prescrito por San Ignacio, ejecutar cada meditación según la forma enseñada por San Ignacio, pedir á Dios las gracias que en cada meditación quiere que se pidan San Ignacio, y, finalmente, acompañar la meditación con la saludable penitencia y las otras precauciones indicadas por San Ignacio. Sólo el que obrare de este modo puede preciarse de haber hecho perfectamente los Ejercicios de San Ignacio. Si después de hacerlos en esta forma, observa constantemente los avisos y documentos que hemos llamado más arriba enseñanza mediata de San Ignacio, seguro puede estar de que la santificación empezada en los Ejercicios crecerá como la luz de la aurora, hasta llegar al día perfecto de una admirable perfección evangélica.

6. Tal es el incomparable librito que Dios inspiró á San Ignacio, y que ya en vida del autor mereció de la Santa Sede la aprobación más explícita y honrosa que jamás llevó libro alguno. Paulo III, á ruegos de San Francisco de Borja, hizo examinar este libro el año 1548, y extendió luego el breve *Pastoralis officii*, en el cual, después de reconocer que estos Ejercicios, sacados de la Sagrada Escritura y de la experiencia en la vida espiritual, están admirablemente

dispuestos para mover los corazones á la piedad (1), les concede esta magnífica aprobación: «Los documentos y Ejercicios predichos, y todas y cada una de las cosas en ellos contenidas, aprobamos, alabamos y defendemos por medio del patrocinio del presente escrito, con la autoridad predicha, por el tenor de las presentes letras y de nuestra ciencia cierta; exhortando mucho en el Señor á todos y á cada uno de los fieles cristianos de ambos sexos, constituídos en cualquier estado, á que usen de tan piadosos documentos y Ejercicios, y á que se instruyan devotamente en ellos» (2).

El P. Diego Laínez solía decir graciosamente de San Ignacio, que era hombre de pocas verdades, y explicando este dicho, podemos añadir que era hombre de grandes verdades. Á ningún asceta se le puede aplicar con más razón que á nuestro santo Padre la teoría de Santo Tomás, de que los grandes ingenios tienen pocas ideas, pero ésas, grandes y fecundas. Mirado por este lado, ningún maestro de espíritu llegó ni remotamente á nuestro santo fundador, pues nadie supo reducir á menos principios todo cuanto importa saber para el negocio de la más eminente santidad, y esos principios nadie los supo enunciar en menos palabras. No era Ignacio hombre de largas explicaciones, de estudiados discursos, de ameno y seductor estilo. Escoger unas cuantas verdades religiosas, hincarlas en el corazón, dar sobre ellas como con una maza, hasta que el hombre, traspasado de parte á parte por esas verdades, caiga á los pies de Dios, clamando, como otro Saulo: «*Domine, quid me vis facere*», ese es el genio, ese es el carácter ascético de San Ignacio.

Por lo que hace al estilo y dotes literarias de este libro, no hay mucho que discurrir. San Ignacio no tiene primores de estilo. Escribe un castellano toscó, incorrecto y premioso, donde sólo llama la atención, de vez en cuando, cierta enérgica precisión, con que ha estampado algunas ideas en frases concisas é inolvidables, lo cual es efecto, no de especiales dotes literarias que el santo poseyera, sino

(1) *Cum..... Ignatius de Loyola..... Exercitia spiritualia ex Sacris Scripturis et vitae spiritualis experimentis elicitá composuerit, et in ordinem, ad pie movendos fidelium animos, aptissimum redegerit.....*

(2) «*Documenta et exercitia praedicta ac omnia et singula in eis contenta, auctoritate praedicta [Apostolica] tenore praesentium ex certa scientia nostra approbamus collaudamus, ac praesentis scripti patrocinio communimus; hortantes plurimum in Domino, omnes et singulos utriusque sexus Christi fideles ubilibet constitutos, ut tam piis documentis et exercitiis uti et illis instrui devote velint.*» (Puede verse este breve al principio de las ediciones de los Ejercicios.)

BIBLIOTECA GENERAL